

AUSCHWITZ: ÚLTIMA PARADA

EDDY DE WIND

AUSCHWITZ: ÚLTIMA PARADA
Cómo sobreviví al horror (1943-1945)

Traducción de Julio Grande



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Publicado por primera vez en holandés como *Eindstation Auschwitz*, 1946

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Foto de portada: © Gelia/Depositphotos

Foto Eddy de Wind y fotos del manuscrito: cortesía de la familia De Wind

© 2019, Eddy de Wind, B.V.

Traducción del neerlandés: © Julio Grande

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ESPASA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5751-5

Primera edición en formato epub en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6592-6

Primera edición impresa en México: marzo de 2020

ISBN: 978-607-07-6591-9

Este libro ha sido publicado con el apoyo de la Fundación neerlandesa de letras

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Índice

AUSCHWITZ. ÚLTIMA PARADA	9
Nota sobre el autor y el texto	229
Nota del traductor	247

En 1942, el doctor judío Eddy de Wind se presentó voluntario para trabajar en Westerbork, un campo de tránsito en el este de los Países Bajos donde conoció a Friedel, una joven enfermera judía. Los dos se enamoraron y se casaron allí. En 1943, fueron deportados a Auschwitz en un tren de mercancías y los separaron, yendo Eddy a parar al barracón 9 y Friedel al 10, en el que se realizaban experimentos médicos.

Cuando los rusos iban aproximándose a Auschwitz en el otoño de 1944, los nazis decidieron borrar sus huellas y se ordenó a los prisioneros, entre los que también se encontraba Friedel, que fueran replegándose hacia el interior de Alemania, en lo que después se conocerían como «marchas de la muerte». Eddy, en cambio, se escondió y se quedó en Auschwitz, donde encontró un lápiz y un cuaderno y se puso a escribir.

En el estado traumatizado en que se encontraba, creó el personaje de Hans para que fuera el narrador de su propia historia. El horror de su experiencia estaba todavía en carne viva y no hubiera sido capaz de encontrar las palabras para describirlo en primera persona.

Esta es la historia de Eddy.



¿A qué distancia se hallan esas borrosas montañas azules? ¿Qué dimensiones tiene la llanura que se extiende a la radiante luz del sol primaveral? Es una jornada para quien no está preso. Una sola hora a caballo a pleno galope. Para nosotros están más lejos, mucho más lejos, están infinitamente más lejos. Esas montañas no son de este mundo, no de nuestro mundo, porque entre nosotros y esas montañas se encuentra la alambrada.

Nuestro anhelo, la salvaje palpitación de nuestros corazones, la sangre que nos fluye a la cabeza, es todo impotencia. Entre nosotros y la llanura, después de todo, hay alambre. Dos hileras de alambre sobre las que arden suavemente pequeñas luces rojas, como señal de que la muerte nos está acechando a todos los que estamos aquí presos, en este cuadrado rodeado de dos hileras de alambrada de alta tensión y un muro alto y blanco.

Siempre esa misma imagen, siempre esa misma sensación. Estamos ante las ventanas de nuestros respectivos *Blocks* viendo la seductora lejanía y nuestro pecho jadea de tensión y de impotencia.

Nos separan diez metros. Me asomo por la ventana, como si buscara con la vista la lejana libertad, pero Friedel ni

siquiera puede hacerlo, pues su cautiverio es aún mayor. Mientras que yo aún puedo moverme libremente por el *Lager*, eso es algo que a ella le está vedado.

Vivo en el *Block* 9, un barracón común y corriente para enfermos. Friedel vive en el *Block* 10 y allí también hay enfermos, pero no como en mi *Block*. En el mío hay personas que han enfermado por crueldad, hambre y trabajo desmesurado, causas naturales que llevan a enfermedades naturales, recogidas en diagnósticos.

El *Block* 10 es el Barracón de los Experimentos. Allí viven mujeres que han sido mancilladas como nunca fue mancillada una mujer —en lo más bello que posee: su esencia de mujer, su capacidad de ser madre— por sádicos que se llaman a sí mismos profesores.

También sufre la muchacha que debe permitir los salvajes arrebatos pasionales de un bruto incontrolado, pero el acto al que se ve sometida contra su voluntad procede de la vida misma, de los instintos vitales. En el *Block* 10 no acucia el deseo irrefrenable, sino una quimera política enfermiza, un interés financiero.

Todo esto lo sabemos cuando miramos a la llanura polaca meridional, cuando quisiéramos correr por los prados y pantanos que nos separan de esos azules Beskides en nuestro horizonte. Pero sabemos aún más. Sabemos que para nosotros solo existe un final, solo una liberación de este infierno de alambre de púas: la muerte.

También sabemos que aquí la muerte se nos puede presentar en diferentes formas.

Puede llegar como una guerrera honesta contra la que el doctor es capaz de luchar y, si bien esta muerte tiene aliados subalternos como el hambre, el frío y las alimañas, sigue siendo una muerte natural, clasificada entre las causas de muerte oficiales.

Aunque hasta nosotros no llegará así. Sí vendrá por nosotros, como vino por todos esos millones que nos precedieron. Sí vendrá por nosotros, deslizándose e invisible, incluso casi sin olor.

Pero sabemos que solo es el *Tarnkappe*, el manto de la invisibilidad, lo que no nos permite verla. Sabemos que esta muerte lleva uniforme, porque en la llave del gas hay un hombre vestido de uniforme: SS.

Por eso los anhelos se nos disparan cuando miramos con ilusión hacia las borrosas montañas azules que apenas se encuentran a treinta y cinco kilómetros, si bien para nosotros parecen infinitamente inalcanzables.

Por eso me asomo tanto hacia la ventana del *Block* 10, donde está ella.

Por eso sus manos agarran con tanta fuerza la tela metálica que clausura las ventanas.

Por eso apoya la cabeza en el quicio de madera, porque no puede aplacar el deseo que despierto en ella, al igual que nuestro anhelo de esas elevadas y borrosas montañas azules.



La tierna hierba, los marrones brotes de castaño maduros a punto de estallar y el sol radiante de primavera, que día tras día crece en esplendor, parecían prometer una vida nueva, pero sobre la tierra imperaba la húmeda frialdad de la muerte. Era la primavera de 1943.

Los alemanes se habían internado en las profundidades de Rusia y aún no se habían vuelto las tornas en el devenir de los acontecimientos bélicos.

Los aliados en el oeste no habían puesto aún pie en tierra firme.

El terror que hacía estragos en Europa cada vez adoptaba formas de mayor intensidad.

Los judíos eran el juguete de los invasores. Jugaban con ellos al juego del gato y el ratón. Noche tras noche rugían los motores por las calles de Ámsterdam, las piernas enfundadas en botas de cuero pasaban pateando y por los canales semicirculares, en otro tiempo tan apacibles, se oían ladrar las órdenes.

Entonces, en Westerbork, solían volver a soltar al ratón. La gente podía moverse libremente por el campo, llegaban paquetes y las familias seguían intactas. Todo el mundo, por tanto, escribía su carta como es debido a Ámsterdam con el «estoy bien», para que los demás volvieran

a entregarse sin resistencia a la *Grüne Polizei*, la policía verde encargada del orden.

En Westerbork, los judíos tenían la ilusión de que tal vez todo se arreglaría, de que si bien ya habían sido excluidos de la sociedad, alguna vez regresarían de su aislamiento.

«Cuando la guerra haya terminado y volvamos todos a casa», así empezaba una canción popular.

No solo eran incapaces de ver su futuro destino, entre ellos había incluso quienes tenían el ánimo —¿o era la ceguera?— de comenzar aquí una nueva vida, de formar una familia nueva. Cada día llegaba al campo el Dr. Molhuizen, en nombre del alcalde del pueblo de Westerbork, y una fabulosa mañana —uno de los nueve días buenos de abril— comparecieron Hans y Friedel ante él.

Eran dos idealistas: él era uno de los prestigiosos doctores del campo, con veintisiete años, y ella acababa de cumplir los dieciocho. Se habían conocido en la sala donde él empuñaba el cetro y ella cuidaba.

«Porque solos no somos nadie, pero juntos somos alguien», le había recitado él entonces y esa era la expresión exacta de sus sentimientos. Juntos saldrían adelante. Tal vez consiguieran quedarse en Westerbork hasta el final de la guerra y, si no, podrían luchar juntos en Polonia. Porque alguna vez se terminaría la guerra y nadie creía en una victoria alemana.

Así estuvieron juntos medio año. Vivían en el «consultorio médico», una caja de cartón separada del gran barracón con ciento treinta mujeres. No vivían solos, ya que habían alojado a otro doctor en esa habitación y, más adelante, tuvieron que compartirla con otros dos matrimonios. Bien es cierto que no era ningún entorno adecuado para construir una incipiente vida conyugal, pero todo eso no habría

importado nada si no hubieran existido las deportaciones: cada martes por la mañana, mil personas.

Hombres, mujeres, viejos y jóvenes, hasta los bebés e incluso los enfermos. Solo unos pocos podían quedarse después de que Hans y los demás médicos consiguieran demostrar que estaban demasiado enfermos como para aguantar tres días en el tren. Y, además, los privilegiados: bautizados, matrimonios mixtos, los *Alte Kamp-Insassen*, que llevaban en el campo desde 1938, y aquellos que formaban parte del personal fijo, como Hans y Friedel.

Había una lista de personal con mil nombres, pero de continuo llegaban de las ciudades personas a las que había que proteger, a veces por orden de los alemanes, a veces porque realmente habían sido ciudadanos encomiables, pero casi siempre porque eran antiguos conocidos de los señores del Consejo Judío o de los *Alte-Kamp-Insassen*, que tenían en sus manos las posiciones clave. En esos casos, se revisaba la lista de los mil.

Así fue como, en la noche del lunes 13 de septiembre de 1943, un empleado del Consejo Judío vino a comunicarle a Hans y a Friedel que debían prepararse para ser trasladados. Hans se vistió rápidamente y recorrió todas las instancias que trabajaban por la noche para el transporte semanal con gran presión. El Dr. Spanier, el jefe del hospital, se enojó mucho porque Hans llevaba ya un año en el campo y había trabajado duro, mientras que otros muchos habían llegado más tarde y nunca habían hecho nada, pero Hans se encontraba ahora en la lista del personal del Consejo Judío y, si este no podía mantenerlo, el servicio sanitario tampoco podía hacer nada.

A las ocho estaban ya con todas sus pertenencias en el tren, que atravesaba el campo dividiéndolo en dos. Había

un enorme alboroto. Los miembros de las organizaciones de resistencia, Servicio de Orden y Columna Móvil, llevaban el equipaje al tren y se cargaron dos vagones hasta los topes con alimentos para el viaje. Los enfermeros del hospital transportaban con dificultad a los pacientes, la mayoría ancianos que ya no podían ni caminar, pero a los que no se les permitía quedarse porque, a la semana siguiente, seguirían siendo tan incapaces de moverse como ahora. Luego estaban los que se quedaban, que se encontraban tras el cordón a algunas decenas de metros del tren y solían llorar más que los que se iban. En la parte delantera y trasera del tren, se enganchaba un vagón con hombres de las SS para la vigilancia, que eran muy razonables y llegaban incluso a dar ánimos a la gente, ya que los holandeses no debían enterarse, después de todo, de cómo se trataba en realidad a «sus» judíos.

La partida era a las diez y media y se echó el cerrojo por fuera a las puertas de los vagones de mercancías. Un último adiós, un último gesto por las trampillas en la parte superior de los vagones y eran enviados a Polonia; más detalles del destino, desconocidos.

Hans y Friedel habían tenido suerte y coincidieron en un vagón con algunos jóvenes que eran antiguos amigos de Friedel, del grupo de sionistas al que había pertenecido ella, personas fraternales y complacientes. Metieron a treinta y ocho en un vagón, que eran relativamente pocos, y no tuvieron que darle muchas vueltas para, una vez colgado el equipaje del techo, poder encontrar todos sitio en el suelo.

De camino, comenzaba lo bueno. En la primera estación, los hombres de las SS entraron en el vagón y se pusieron a reclamar primero los cigarrillos y después los relojes. Luego les tocó el turno a las plumas estilográficas y a

las joyas. Los muchachos se reían, les daban un par de cigarrillos sueltos y aseguraban que no tenían más. Muchos de ellos eran de origen alemán y ya se las habían tenido que ver varias veces con las SS; como habían salido con vida en esas ocasiones, tampoco dejarían ahora que nadie les amargara la diversión.

No recibieron comida durante los tres días y las provisiones del tren ya no volverían a verlas nunca más, pero eso no importaba, porque se habían traído bastantes cosas de Westerbork. De vez en cuando, a un par de ellos se les permitía salir del vagón para vaciar el pequeño barril donde hacían sus necesidades, que estaba a rebosar. Se alegraban cuando veían en las ciudades rastros de bombardeos, pero por lo demás el viaje careció de acontecimientos. Al tercer día, se conoció el destino: Auschwitz. Era solo una palabra sin contenido, ni bueno ni malo.

Por la noche, llegaron a la estación de trenes de carga de Auschwitz.



El tren estuvo mucho tiempo parado, tanto tiempo que empezaron a impacientarse y desearon que ya, de una vez por todas, se produjera claridad, ver por fin lo que era Auschwitz.

La claridad llegó.

Cuando despuntó el alba, el tren se puso en movimiento por última vez para, al cabo de un par de minutos, volver a pararse sobre un dique, en medio de la tierra llana. A lo largo del dique había grupos de entre diez y doce hombres que iban vestidos con trajes a rayas blancas y azules con gorros iguales. Muchos soldados de las SS iban de un lado a otro con incomprensible actividad.

Tan pronto como el tren se hubo detenido, los hombrillos comparsas se precipitaron sobre los vagones y abrieron las puertas. «Tiren el equipaje afuera, todos delante del vagón». Los deportados se asustaron mucho, porque comprendieron que ahora lo habían perdido todo, y rápidamente comenzaron a meterse lo que pudieron entre la ropa para salvar lo más necesario, pero los hombres ya habían saltado al interior de los vagones y empezaban a arrojar al exterior a la gente y su equipaje. Así estuvieron, a la intemperie, un poco titubeantes, si bien ese titubeo no duró mucho, ya que por todas partes se les acercaban hombres de las SS que fueron empujándolos hacia un ca-

mino que corría paralelo a la vía del tren. Pateaban a quienes no caminaban con la suficiente rapidez o los golpeaban con los palos para que, en el espacio de tiempo más breve posible, todo el mundo procurara incorporarse a las largas filas que se formaron.

Solo entonces le quedó bien claro a Hans que dejarían de estar juntos, ya que se separaba a los hombres de las mujeres. Besó deprisa a Friedel: «Hasta la vista», y luego ya se había terminado. Ante las filas, había un oficial con un palo y todos marchaban despacio en formación mientras el oficial echaba a cada uno un vistazo fugaz e iba indicando con el palo: «a la izquierda, a la derecha». A la izquierda iban todos los hombres mayores, inválidos y chicos hasta más o menos los dieciocho años. A la derecha, los jóvenes y vigorosos.

Hans llegó hasta donde se encontraba el oficial, pero no estaba prestando atención, ya que solo tenía ojos para Friedel, que se encontraba en su propia fila a un par de metros y aguardaba a que les tocara el turno a las mujeres. Ella le sonrió, como si quisiera decirle: «Tranquilízate, todo saldrá bien», de manera que no oyó al oficial, que era un médico, cuando le preguntó cuántos años tenía. El doctor se enojó al no recibir respuesta y le dio un golpe con el palo que en seguida le hizo salir disparado hacia la izquierda.

Allí estaba él, entre los desdichados: los hombres mayores. Junto a él un ciego y, al otro lado, un muchacho que parecía imbécil. Hans se mordió los labios por el miedo, ya que no quería compartir el destino de los niños y de los ancianos, pues sabía que solo los fuertes tenían una oportunidad de seguir vivos, y no era posible pasarse a la otra fila, porque los hombres de las SS vigilaban por todas partes con el arma en ristre.

Friedel fue a parar con las mujeres jóvenes. Las mujeres mayores y todas las que llevaban niños volvieron a recolocarse en una fila aparte, con lo que al final se formaron cuatro filas de aproximadamente ciento cincuenta mujeres jóvenes y el mismo número de hombres jóvenes; los otros setecientos estaban en sus propias filas a un lado del camino.

Allí vino de nuevo el oficial médico y gritó a los mayores si había algún médico entre ellos. Cuatro hombres dieron un rápido paso al frente. El doctor se dirigió a Van der Kous, un médico de familia mayor de Ámsterdam: «¿Qué enfermedades había en el campo de Holanda?».

Van der Kous titubeó y dijo algo sobre enfermedades de los ojos. El doctor se enojó y se apartó de él.

Entonces, Hans vio que era su oportunidad:

—Usted se refiere, probablemente, a enfermedades contagiosas; pues había casos esporádicos de escarlatina que tenían un carácter inocuo.

—¿Había tifus petequial?

—No, ningún caso.

—Bien, todos de vuelta a la fila —y luego, dirigiéndose a su ayudante—: A ese nos lo quedaremos.

El ayudante le hizo una seña y se lo llevó a la parte posterior de la fila de los jóvenes, con lo que Hans sintió que había escapado de un gran peligro. En efecto, ya que, entre tanto, habían llegado unos cuantos camiones y se dispusieron a cargarlos con hombres y mujeres mayores.

Fue entonces cuando vio por primera vez cómo funcionaban realmente las SS. Empujaban, pateaban y golpeaban a la gente. A muchos les resultaba difícil poder subirse a esos camiones tan altos, pero los palos de los hombres de asalto procuraban que todos se esforzaran al máximo.

Una señora mayor recibió un golpe en la cabeza y se puso a sangrar mucho. Unos pocos se rezagaron, porque no podían llegar realmente a los camiones, y a quien se acercaba a ayudar o a echar una mano se le alejaba con una patada o un bufido.

El último vehículo pasó por delante y dos hombres de las SS tomaron a un desdichado anciano por los brazos y las piernas y lo arrojaron dentro. A continuación, la fila de las mujeres se puso también en movimiento. Ya no podía ver a Friedel, pero él sabía que ella iba en esa fila. Cuando las mujeres se habían apartado un par de metros, los hombres empezaron también a caminar.

Las filas estaban muy vigiladas. A ambos lados había centinelas con sus armas en ristre. Por cada diez presos, aproximadamente, iba un centinela. Hans caminaba bastante atrás en la fila y vio cómo los soldados a su derecha y a su izquierda se hacían señas, miraron un poco a su alrededor y el soldado de la izquierda se acercó a Hans para pedirle el reloj. Era un reloj bonito, con cronómetro, que le había regalado su madre cuando terminó la carrera de Medicina.

—Lo necesito para mi trabajo, soy médico.

El centinela se rio por un instante de oreja a oreja. «¡*Scheisse, Arzt*, mierda de médico, tú lo que eres es un perro! ¡Trae acá ese reloj!». El soldado le agarró el brazo para arrebatarle el reloj y, al principio, Hans quiso defenderse. «Vaya, intento de fuga», dijo el hombre mientras preparaba el arma para disparar.

Hans comprendió su impotencia ante la situación y no tenía ganas de que, en su primer día en Auschwitz, lo «mataran a tiros por darse a la fuga», así que le dio el reloj.

Cuando cruzaron la vía del ferrocarril, vio a Friedel en la curva. Ella lo saludó agitando la mano y él suspiró de

alivio. Tras la vía del ferrocarril, pasaron por una barrera con puestos de guardia. Ahora parecía que llegaban al recinto real del campo, donde había almacenes para materiales de construcción y se veían cobertizos y enormes pilas de madera y ladrillos. Circulaban pequeños trenes propulsados manualmente. Vagones arrastrados por hombres. Aquí y allá había construcciones y fábricas más grandes a lo largo del camino, allá sonaba el zumbido de los motores. Y, luego, otra vez madera, piedras y almacenes. Una grúa que subía contenedores de cemento. Por todas partes bullía la vida y se construía, pero más que grúas y trenes se veía a los hombres en sus trajes de presidiario. Aquí no había motorización alguna, todo era el trabajo de miles, de decenas de miles de manos.

El vapor es práctico; la electricidad es eficaz, aplicable a cientos de kilómetros; la gasolina es rápida y fuerte, pero las personas son baratas. Eso es lo que decían los ojos hambrientos, es lo que decían los torsos desnudos en los que se dibujaban las costillas como cuerdas que mantenían el cuerpo apenas unido y en pie. Era lo que se veía en las largas filas de portadores de piedras, deslizándose hacia delante sobre su calzado de madera o a menudo descalzos. Avanzaban sin mirar arriba o a los lados, no había expresión alguna en esos rostros, ninguna reacción ante los recién llegados. De vez en cuando, un tractor con vagones cargados de piedras detrás. El motor traqueteaba despacio: motores de petróleo. El pensamiento de Hans se retrotrajo a las veladas sobre el agua, cuando estaba tumbado en su bote y los cargueros pasaban por delante.

¡Cómo había sido la vida entonces, cuántas promesas quedaron por realizar! Se sobrepuso. Sintió que ahora no debía ponerse a pensar, sino que debía luchar. Tal vez llegara algún día en que todo volvería a ser como antes.

Estaban ante la puerta y veían por primera vez el campo. Eran grandes edificios de piedra, como cuarteles. Había unos veinticinco y tenían dos pisos con un tejado y pequeñas ventanas de buhardilla. El mantenimiento de las calles entre los edificios era estupendo. Había aceras con baldosas limpias y pequeñas zonas de césped. Todo estaba brillante, bien pintado y resplandecía al radiante sol de otoño.

Habría podido ser un pueblo modelo; un campo de miles de trabajadores realizando un gran trabajo útil. Sobre la puerta de acceso, en hierro fundido, la consigna del campo de concentración. Sugerente pero peligrosa: «ARBEIT MACHT FREI» (El trabajo libera). Una sugerencia que debía tener un efecto calmante en la infinidad de personas que habían entrado por aquí, por esta y por muchas otras puertas semejantes en otras partes de Alemania.

Aunque solo era una ilusión, porque esta puerta no era otra cosa más que la puerta del infierno y, en lugar de «Arbeit macht frei», tendrían que haber puesto: «Quien aquí entre, que abandone toda esperanza».

Porque el contorno del campo lo recorrían cables de alta tensión. Dos hileras de postes de cemento, encalados perfectamente en blanco, de tres metros de altura. En los aislantes había un alambre de púas que tenía un aspecto sólido, difícil de penetrar, pero lo que no se veía era aún peor: ¡3000 voltios de alta tensión! Solo aquí y allá había encendido un pequeño foco rojo para indicar que la corriente funcionaba a la perfección. Y cada diez metros se veía un cartel con una calavera y la inscripción en alemán y polaco: *Halt, Stoj*.

Ningún vallado es suficiente si no puede estar al alcance de los disparos por todas sus partes, así que se habían construido torretas cada cien metros en las que había un hombre de las SS con una ametralladora.

No, de aquí no había manera de salir, a no ser que se produjera un milagro, era lo que también le contaban las personas con las que se encontró en el campo, porque ahora que estaban dentro de la alambrada, la vigilancia se había vuelto mucho menos estricta y los hombres de las SS habían delegado sus funciones casi siempre en los presos. Eran presos, bien es cierto, pero tenían un aspecto muy distinto del de esos miles que había fuera, trabajando. Vestían trajes a rayas de burdo lino que eran más claros y les quedaban bien. A menudo solían ir vestidos de manera casi elegante, con sus gorras negras y sus botas altas, y en el brazo izquierdo llevaban un brazalete rojo con un número.

Estos eran los *Blockältesten*, los más antiguos del *Block*: los jefes de las diferentes casas que dirigían todo en sus barracones, administraban a la gente y repartían la comida con la ayuda de un escribiente. Estaba claro que ellos no eran los que menos comían, podías verlo en sus caras de pan. Todos eran polacos y *Reichsdeutsche*, alemanes arios del Reich.

Pero también había algunos holandeses a los que los *Blockälteste* y los hombres de las SS mantenían a distancia, porque los nuevos llevaban consigo todavía toda clase de objetos de valor. Sin embargo, unos pocos lograron pasar adelante para pedir relojes y cigarrillos, ya que en poco tiempo lo iban a perder todo, aunque la mayoría creía que no y lo mantenía en sus bolsillos. Hans le dio a un holandés un paquete de cigarrillos, pero como un hombre de las SS no le quitaba ojo, recibió una bofetada mientras el holandés ya había salido corriendo, porque lo había visto venir a tiempo.

Apareció entonces un hombre pequeño, pero de constitución hercúlea. Estaba claro que se le respetaba.

—Bueno, muchachos, ¿cuándo salieron de Westerbork?

—Hace tres días.

—¿Qué hay de nuevo?

—¿Ya se enteraron del desembarco en Italia?

—Por supuesto, leemos el periódico. ¿Qué tal en Holanda?

Qué responder ahora a esa pregunta, preferían saber cómo era Auschwitz, qué sería de su futuro.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los nuevos.

—Leen Sanders, el boxeador. Llevo ya un año aquí.

Los nuevos se tranquilizaron un poco. Así pues, aquí también era posible vivir.

—¿Quedan todavía muchos de los que vinieron con usted? —preguntó Hans, al que ya empezaba a carcomerle el escepticismo.

—En este lugar no hay que hacer muchas preguntas, debes fijarte —respondió el boxeador—. Ver, oír y callar.

—Pero usted tiene un aspecto fabuloso.

Leen sonrió con sabiduría:

—Para eso soy boxeador.

—¿Qué vamos a tener que hacer aquí?

—Serán distribuidos en las brigadas que trabajan fuera.

Hans vio de nuevo ante sí a esas personas, maquinitas de trabajar que caminaban en fila por el exterior, acarreado piedras y cemento, los rostros inexpresivos, la mirada muerta y los cuerpos escuálidos.

—¿Qué va a pasar con esos ancianos que se llevaron en los camiones?

—¿No escuchaste nunca la radio inglesa? —preguntó Leen.

—Sí, claro.

—Pues bueno, ya podrías estar enterado de todo.

Fue entonces cuando Hans se enteró de todo. Pensó en Friedel, en que había perdido de vista su fila. Pensó en su madre, en su hermano, en todos aquellos a los que había visto partir hacia Auschwitz. Pensó en su carrera, en su consultorio, en sus ideales. Volvió a pensar en Friedel y en los planes a futuro que habían hecho. Así es como piensa alguien que cree que va a morir.

Y, sin embargo, le entraron las dudas; quizá tuviera suerte, quizá. Era médico; ay, no, no se atrevía a tener esperanzas, pero debía tenerlas. No podía creer que fuera a morir aquí, pero tampoco podía creer ya en la vida.

Un bufido le hizo volver en sí: «Aufgehen!». Iban por la calle principal del campo, por entre los grandes *Blocks*. Aquí había muchas personas y en unos cuantos de los barracones habían colocado una placa de vidrio sobre la puerta:

Häftlingskrankenbau (Hospital de presos)

Interne Abteilung (Servicio interno)

Eintritt verboten (Prohibida la entrada)

Allí, delante de la puerta, había hombres con trajes blancos y tenían buen aspecto. En la espalda del saco una franja roja, al igual que en las costuras del pantalón. Seguro que eran los médicos. Apenas miraban a los recién llegados, pero Hans vio que su falta de interés se debía a otra causa distinta de la de los miles que había fuera. En toda esa mano de obra esclava, era el cansancio, el profundo abatimiento, lo que impedía cualquier esfuerzo espiritual. En estas personas de buen aspecto era una suerte de arrogancia. Después de todo, ellos eran los prominentes del campo. ¿Y qué eran ellos, los nuevos? A ellos los podía insultar y ridiculizar todo el mundo.

Así habían llegado al *Block* 26, que llevaba por título: *Effektenkammer*. Leen les contó lo que significaba: «Aquí

se conservan todos los *Effekten*, la ropa y otros objetos de valor de cada prisionero o *Häftling*». Arriba, ante las ventanas, se veían largas filas de bolsas de papel. Cada bolsa contenía las pertenencias de un solo hombre y, si dejaban libre a alguien para que se fuera del campo, recuperaba todo lo que había dentro.

La ropa no la guardarían. A los judíos nunca los dejaban ir, ya que no tenían ningún proceso en marcha, no les habían impuesto ninguna condena y, por tanto, tampoco podían liberarlos.

En efecto, entre el *Block* 26 y el 27 debían desnudarse. Toda la ropa, con lo que tenía dentro, se cargaba en un carro y solo podían quedarse con su cinturón de cuero y un pañuelo. Hans intentó conservar parte de su mejor instrumental, pero en seguida le echaron el ojo. Un hombre escuálido con un brazalete en el brazo izquierdo en el que podía leerse *Lagerfriseur*, peluquero, controlaba a todo el mundo. Quien se había quedado con algo debía entregarlo y recibía además un golpe. Hans le preguntó si podía conservar su instrumental y él se rio de oreja a oreja para meterlo después todo en su bolsa.

Así estaban las cosas entonces. Ahora ya lo habían perdido todo. El proceso había ido completándose poco a poco, pero en este momento había llegado a su fin. ¿No había llegado a decir una vez Fritz Schmidt, el representante de Hanns Albin Rauter para Asuntos Judíos y comisario general de la Seguridad Pública: «Los judíos regresarán al país de donde han venido igual de desnudos que llegaron aquí»?

Schmidt no había dicho, por lo demás, cuándo habían llegado esos judíos —en los siglos XVI y XVII— ni que no habían llegado desnudos, sino que a menudo habían traí-

do consigo grandes tesoros de los países de donde fueron expulsados. Tampoco había mencionado los derechos históricos de los judíos neerlandeses, que les había otorgado Guillermo de Orange en aquel tiempo mediante un decreto.

Pero ¿cómo iba a hablar sobre la obra de un héroe neerlandés que había luchado por la libertad? Eso era algo que no cabría esperarse de estos héroes de la opresión, que no morirían con una oración por la patria en los labios, sino que intentarían salvar su vida con una huida miserable.

Hans se consolaba con esa idea. Desde luego, las cosas no pintaban bien para él, pero bueno: su destino era bastante sombrío, mientras que el de *ellos* estaba asegurado. Seguro que sucumbirían y, entonces, de todas sus victorias solo quedaría una: la victoria sobre los judíos. Los judíos neerlandeses marchaban hacia su perdición de forma lenta pero segura:

1940: se despidió a los judíos de todos los cargos públicos;

1941: se les prohibió el ejercicio de profesiones liberales, se les prohibió el uso de los medios de transporte públicos, se les prohibió regentar una tienda, el acceso a los teatros, a los parques, la práctica de deporte y todo lo que, por lo demás, hacía agradable la vida; se les limitó el patrimonio hasta un máximo de 10,000 florines y, más tarde, esa limitación del patrimonio llegó hasta los 250 florines;

1942: se iniciaron las deportaciones y la prohibición de la vida misma.

Despacio, ya que los neerlandeses no habrían soportado que «sus» judíos fueran exterminados en una época en la que, de todas formas, el terror aún no había sido llevado a su extremo en Holanda.